

Todas las crónicas

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Todas as crônicas*

En cubierta: fotografía de Clarice Lispector, de © Pedro Henrique

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Paulo Gurgel Valente, 2019

© De la traducción, Elena Losada y Teresa Matarranz

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-18708-46-6

Depósito legal: M-10.063-2021

Impreso en Cofás

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Clarice Lispector

## Todas las crónicas

Prólogo de Marina Colasanti

Organización y epílogo de Pedro Karp Vasquez

Búsqueda textual de Larissa Vaz

Traducción del portugués  
de Elena Losada y Teresa Matarranz

 Siruela

Biblioteca Clarice Lispector

# Prólogo

## NI UNA COMA

Aquel viernes 18 de agosto de 1967 fue especialmente tenso en la redacción del Caderno B. Pesaba sobre nosotros una doble responsabilidad, inaugurar a la mañana siguiente el suplemento de los sábados y presentar a Clarice Lispector como cronista.

Ella dijo enseguida que vendría. Rompiendo con la costumbre de la crónica tradicional, ocupó su espacio en la segunda página con varios textos cortos, una auténtica muestra de los que serían los temas principales a lo largo de los próximos seis años: la relación madre-hijo, la rebelión contra la resignación, la búsqueda del yo, la trastienda del pensamiento y la transformación de lo cotidiano en pura metafísica. A Clarice me la adjudicaron desde el principio. El director del Caderno parecía temerla, sentía por ella una devoción que podía parecer torpeza. Le tranquilizó que me encargara yo de recibirla cuando viniera eventualmente al periódico, de comunicarme con ella, de atender el teléfono cuando llamaba.

Y, sobre todo, de recibir y hacerme responsable de sus textos.

Me alegró el encargo. La admiraba desde la adolescencia, y ahora llegarían a mis manos textos semejantes a aquellos que había leído en su sección «Children's Corner» de la revista *Senhor*.

No creo que Clarice recordara que ya nos conocíamos, o mejor, que ya la conocía. Era todavía novata en el *Jornal do Brasil* el día en que un amigo común, el periodista Yllen Kerr, me dijo que iba a visitarla, y me preguntó si le quería acompañar. Fuimos. La empleada abrió la puerta, nos sentamos en el salón en penumbra. Clarice se demoró lo justo para ser deseada. Y apareció.

Tal vez por estar yo sentada, me pareció aún más alta de lo que era. Tenía una presencia imponente. Y era consciente del impacto que causaba su extraña belleza. En ella nada era casual, elegía todo cuidadosamente; en los años siguientes no la vi nunca sin maquillaje. La conversación transcurrió solo entre ella e Yllen, una conversación llena de pausas, a tientas, como si ambos caminaran sobre un hilo. Ella hacía pausas que él no se atrevía a interrumpir o que interrumpía justo cuando ella retomaba el discurso, entonces se detenían los dos unos instantes esperando el próximo paso. Yo, muda, la observaba, siguiendo los gestos de sus manos, fijándome en la elección de las pulseras sin brillo, como antiguas o rústicas, en la ropa oscura que se fundía con la oscuridad del salón, solo una lámpara encendida. No fue una visita larga ni íntima, pero fue inolvidable para mí.

Y porque Alberto Dines, editor jefe del *Jornal do Brasil*, la había invitado a colaborar en el *Caderno B*, resultaba que aquella escritora maravillosa me pedía que tratara sus textos con esmero. Como si fuera posible no hacerlo.

Al principio, vino algunas veces a la redacción. Después, nunca más. Enviaba los textos a través de una empleada, en un sobre grande de papel marrón, siempre igual, firmado con aquella letra complicada, la única letra que le permitía el incendio que le había lisiado la mano derecha.

Y cada vez que me extendía el sobre, la empleada repetía la petición de Clarice, que llevara cuidado con sus textos, porque los necesitaba y no tenía copia. Pero yo no oía la voz de la empleada, sino la suya, que tantas veces me había hablado por teléfono, con esa manera suya de moler las erres en la garganta, de su incapacidad de usar papel carbón, porque «el papel carbón se arruga». Yo repetía mentalmente el «arruga» y duplicaba los cuidados.

Decidimos que una caja separada junto a la mesa de la edición recibiría solo la colaboración semanal de Clarice. Y conduje a la empleada hasta aquella especie de nido, para que le transmitiera a Clarice el cariño especial con el que era tratado su trabajo. Aun así, la empleada siguió repitiendo el mantra, que servía más para tranquilizar a la propia Clarice que para ponernos en aviso.

Años después, al encontrar algunos de aquellos textos con los que había tratado tan íntimamente trasladados a alguna novela, entendí más hondamente por qué el hecho de no tener copia dejaba a Clarice tan desamparada. Cualquier frase podía ser insustituible en un futuro, no se podía perder ninguna. Como editora de mesa del *Caderno B*, tenía el privilegio de leer a Clarice antes de que bajasen el texto al taller. Hacía mínimas correcciones de errores de mecanografía, solo eso. Ni siquiera era necesario. No obstante, otra de sus peticiones constantes era que prohibiésemos a los correctores tocar sus comas. «Mi puntuación —dijo más de una vez— es mi respiración». Y durante todos los años que permaneció en el *Caderno B*, Clarice pudo respirar tranquila, no se le tocó ni una coma.

MARINA COLASANTI

## *Jornal do Brasil*

1967

### LOS NIÑOS PESADOS

No puedo. No puedo pensar en la escena que visualicé y que es real. A un niño de noche le duele el hambre y le dice a la madre: tengo hambre, mamá. Ella responde con dulzura: duerme. Él dice: pero tengo hambre. Ella insiste: duérmete. Él dice: no puedo, tengo hambre. Ella repite, exasperada: duérmete. Él insiste. Ella grita dolorida: ¡duérmete, pesado! Los dos callan en la oscuridad, inmóviles. ¿Se habrá dormido?, piensa ella bien despierta. Él tiene demasiado miedo para quejarse. En la noche negra los dos están despiertos. Hasta que, de dolor y cansancio, ambos se adormecen, en el nido de la resignación. Yo no soporto la resignación. Ah, con qué hambre y placer devoro la revuelta.

### LA SORPRESA

Mirarse al espejo y decirse deslumbrada: qué misteriosa soy. Soy tan delicada y fuerte. Y la curva de los labios mantiene la inocencia.

No hay hombre o mujer que no se haya mirado por casualidad al espejo y no se haya sorprendido consigo mismo. Durante una fracción de segundo nos vemos como un objeto que puede ser mirado. A esto podría llamársele tal vez narcisismo, pero yo lo llamaría alegría de ser. Alegría de encontrar en la figura exte-

rior los ecos de la figura interna: ah, entonces es verdad que no me he imaginado, yo existo.

## JUGAR A PENSAR

El arte de pensar sin riesgo. Si no fuese por los caminos de emoción a los que nos lleva el pensamiento, pensar ya habría sido catalogado como una de las formas de diversión. No se invita a los amigos a jugar a eso porque hacemos tanta ceremonia con el pensar. Lo mejor es invitarlos solo a una visita, y, como quien no quiere la cosa, ponerse a pensar a la vez, bajo el disfraz de las palabras.

Eso como juego ligero. Porque para pensar profundamente —que es el grado máximo de este *hobby*— es necesario estar solo. Porque entregarse a pensar es una gran emoción, y solo nos atrevemos a pensar ante alguien cuando la confianza es tan grande que no nos sentimos incómodos al usar, si es necesario, la palabra otro. Además se exige mucho a quien nos ve pensar: que tenga un corazón grande, amor, cariño, y la experiencia de haberse entregado a pensar también. Se exige tanto de quien escucha las palabras y los silencios como se exigiría para sentir. No, no es verdad. Para sentir se exige más.

Bueno, pero, en el caso de ese pensar como diversión la ausencia de riesgos lo pone al alcance de todos. Algún riesgo tiene, claro. Se juega y se puede salir con el corazón triste. Pero, de una manera general, una vez tomadas las precauciones intuitivas, no hay peligro.

Como *hobby* presenta la ventaja de ser por excelencia portátil. Aunque en el aire sea mejor, creo yo.

A ciertas horas de la tarde, por ejemplo, cuando la casa llena de luz más parece que haya sido vaciada por la luz, mientras toda la ciudad se estremece de trabajo y solo nosotros trabajamos en casa pero nadie lo sabe, a esas horas en las que la dignidad se recuperaría si tuviésemos un taller de reparaciones o un salón de costura, a esas horas se piensa. Así: se empieza allí dónde estés, aunque no sea por la tarde; de noche no lo aconsejo.

Una vez, por ejemplo —cuando aún mandábamos la ropa a lavar fuera—, yo estaba haciendo la lista. Tal vez por la costumbre



de poner títulos o por un repentino deseo de tener un cuaderno limpio como en la escuela, escribí una lista de... Y en ese instante el deseo de no ser sería llegó. Esta es la primera señal del *animus jugandi*, en el tema de pensar como *hobby*. Y escribí ingeniosa: lista de sentimientos. Lo que quería decir con esto tuve que dejarlo para después; otra señal de estar en el buen camino es no preocuparse por no entender; la actitud debe ser: no se pierde nada por esperar, no se pierde nada por no entender.

Entonces empecé una lista de sentimientos cuyo nombre desconozco. Si recibo un regalo ofrecido con cariño por alguien que no me gusta ¿cómo se llama lo que siento? La nostalgia que se siente por alguien que ya no nos gusta, esa pena y ese rencor, ¿cómo se llaman? Estar ocupada y de repente parar porque hemos sido poseídos por una repentina pereza esclarecedora y feliz, como si la luz de un milagro hubiese entrado en la sala: ¿cómo se llama lo que se siente?

Pero tengo que advertirlo. A veces se empieza jugando a pensar y de repente el juguete empieza a jugar con nosotros. No es bueno. Solo es fructífero.

## ASTRONAUTA EN LA TIERRA

Con muchísimo retraso, reflexiono sobre los astronautas. O mejor, sobre el primer astronauta. Casi al día siguiente del viaje de Gagarin, nuestros sentimientos estaban ya atrasados en contraposición a la velocidad con la que nos superó el acontecimiento. Pues es ahora cuando recapacito, con muchísimo retraso, sobre el asunto. Un asunto difícil de considerar.

Un día un niño, advertido de que la pelota con la que jugaba caería al suelo y molestaría a los vecinos de abajo, respondió: qué va, el mundo ya es automático, cuando una mano lanza al aire la pelota, la otra ya es automática y la coge, no cae.

El problema es que nuestra mano no es aún suficientemente automática. Gagarin ascendió con miedo, porque si lo automático del mundo hubiese fallado, la pelota habría hecho algo más que fastidiar a los vecinos de abajo. Mi mano poco automática

tembló asustada ante la posibilidad de no ser lo bastante rápida y dejar que me escapara el «acontecimiento astronauta». La responsabilidad de sentir fue grande, la responsabilidad de no dejar caer la pelota que nos han lanzado.

La necesidad de hacer todo un poco más lógico —que de alguna manera equivale a más automático— me lleva a investigar meticulosamente el terror que se apoderó de mí:

—De ahora en adelante, cuando me refiera a la Tierra, no volveré a decir indiscriminadamente «el mundo». «Mapa mundial» lo consideraré una expresión poco apropiada; cuando diga «mi mundo» recordaré con un sobresalto de alegría que también mi mapa debe rehacerse, y que nadie me garantiza que, visto desde fuera, mi mundo no sea azul. Consideraciones: antes del primer astronauta, habría sido apropiado que alguien dijera, refiriéndose a su propio nacimiento, «vine al mundo». Pero hace poco tiempo que nacimos para el mundo. Casi avergonzados.

—Para ver el azul, miramos al cielo. La Tierra es azul para quien la mira desde el cielo. ¿Será el azul un color en sí mismo o una cuestión de distancia? ¿O de nostalgia? Lo inalcanzable es siempre azul.

—Si yo fuera el primer astronauta, mi alegría solo se renovaría cuando un segundo hombre volviese allá desde el mundo. Porque también él habría visto. Porque «haber visto» no es sustituible por ninguna descripción: haber visto solo es comparable con haber visto. Mientras que cualquier otro ser humano no hubiera visto también, habitaría en mí un gran silencio, incluso hablando. Consideración: supongo la hipótesis de que alguien en el mundo ya haya visto a Dios. Y no haya dicho una palabra. Porque si ningún otro lo ha visto, es inútil hablar.

—El gran favor del azar: estar aún vivos cuando el gran mundo comenzó. Respecto a lo que viene: debemos fumar menos, y cuidarnos más, para tener más tiempo y vivir y ver un poco más; y meterles prisa a los científicos, porque nuestro tiempo personal apremia.